

# Cuentos de animales *de Beatrix Potter*



Cuentos de animales  
*de Beatrix Potter*

Este libro pertenece a:

.....

.....

.....

**JEFE DE GOBIERNO**

Horacio Rodríguez Larreta

**MINISTRA DE EDUCACIÓN**

María Soledad Acuña

**JEFE DE GABINETE**

Manuel Vidal

**SUBSECRETARIA DE COORDINACIÓN PEDAGÓGICA  
Y EQUIDAD EDUCATIVA**

María Lucía Feced Abal

**SUBSECRETARIO DE TECNOLOGÍA EDUCATIVA Y SUSTENTABILIDAD**

Santiago Andrés

**SUBSECRETARIO DE CARRERA DOCENTE**

Oscar Mauricio Ghillione

**SUBSECRETARIO DE GESTIÓN ECONÓMICO FINANCIERA  
Y ADMINISTRACIÓN DE RECURSOS**

Sebastián Tomaghelli

**SUBSECRETARIA DE LA AGENCIA DE APRENDIZAJE  
A LO LARGO DE LA VIDA**

Eugenia Cortona

**DIRECTORA EJECUTIVA DE LA UNIDAD DE EVALUACIÓN INTEGRAL  
DE LA CALIDAD Y EQUIDAD EDUCATIVA**

Carolina Ruggero

**DIRECTOR GENERAL DE PLANEAMIENTO EDUCATIVO**

Javier Simón

**DIRECTOR GENERAL DE EDUCACIÓN DE GESTIÓN ESTATAL**

Fabián Capponi

**DIRECTORA GENERAL DE EDUCACIÓN DE GESTIÓN PRIVADA**

María Constanza Ortiz

**DIRECTORA DE EDUCACIÓN PRIMARIA**

Nancy Sorfo

**GERENTA OPERATIVA DE CURRÍCULUM**

Mariana Rodríguez

**GERENTA OPERATIVA DE LENGUAS EN LA EDUCACIÓN**

Mabel Quiroga

*Cuentos de animales de Beatrix Potter*

**Traducción y adaptación de “La historia de Jemima Pata de Charco” y “El cuento de Jeremías Pescador”:** Jimena Dib y Vanina Barbeito.

**Traducción de “El cuento de la señorita Preciosa”:** Sebastián Vargas.

**Biografía de Beatrix Potter:** Eugenia Heredia.

**Equipo Editorial de Materiales y Contenidos Digitales (DGPLEDU)**

**Coordinación general:** Silvia Saucedo.

**Coordinación editorial:** Marcos Alfonzo.

**Asistencia editorial:** Leticia Lobato.

**Edición y corrección:** Marina D'Eramo.

**Diseño de tapa:** Ignacio Cismondí, Alejandra Mosconi.

**Diseño de interior:** Marcela Jiménez.

Gobierno de la Ciudad Autónoma de Buenos Aires  
Cuentos de animales de Beatrix Potter / 1ª edición para el  
alumno - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Ministerio de  
Educación del Gobierno de la Ciudad Autónoma de Buenos Aires,  
2021.

40 p. ; 21 x 14 cm.

ISBN 978-987-549-924-9

1. Educación Primaria. 2. Lenguaje. 3. Literatura. I. Título.  
CDD 372.4

ISBN 978-987-549-924-9

© Gobierno de la Ciudad Autónoma de Buenos Aires / Ministerio de Educación /  
Dirección General de Planeamiento Educativo / Gerencia Operativa de Currículum,  
2021. Carlos H. Perette y Calle 10, s/n. - C1063 - Barrio 31 - Retiro -  
Ciudad Autónoma de Buenos Aires.

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización de los titulares del copyright,  
bajo las sanciones establecidas por las leyes, la reproducción total o parcial de  
esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la fotocopia y el  
tratamiento informático.

**Distribución gratuita. Prohibida su venta.**

© Copyright © 2021 Adobe Systems Software. Todos los derechos reservados.  
Adobe, el logo de Adobe, Acrobat y el logo de Acrobat son marcas registradas de  
Adobe Systems Incorporated.



# ÍNDICE



El cuento de la señorita Preciosa

• 7 •



La historia de Jemima Pata de Charco

• 13 •



El cuento de Jeremías Pescador

• 29 •





## Sobre la autora

Helen Beatrix Potter nació el 28 de julio de 1866 en Londres, Inglaterra. Su familia era propietaria de una casa en esa ciudad y de otra en Escocia, a donde viajaba cada año para disfrutar de sus vacaciones. Fue en ese paraíso donde Potter desarrolló su fascinación por la naturaleza y comenzó a observar, registrar y dibujar.

Hacia 1890, su vida cambió cuando firmó un contrato con una editorial y vendió sus dibujos para ilustrar tarjetas de Navidad. También escribió y dibujó su primer cuento para niños, "El cuento de Peter Rabbit", pero pasaron diez años hasta que consiguió publicarlo.

Beatrix Potter falleció el 22 de diciembre de 1943 en su casa, a causa de una neumonía. Tenía 77 años.

# El cuento de la señorita Preciosa





Esta es una gatita llamada Preciosa. ¡Piensa que escuchó a un ratón!



Este es el Ratón, espiando desde la parte de atrás del armario y burlándose de la señorita Preciosa. No le tiene miedo a ningún gato.

Esta es la señorita Preciosa cuando salta, apenas un poco tarde; no le acierta al Ratón, sino que se golpea su propia cabeza. ¡Opina que es un armario muy duro!



El Ratón observa a la señorita Preciosa desde arriba del armario.



La señorita Preciosa se envuelve la cabeza con un pañuelo, como si fuera una venda, y se sienta delante de la chimenea. El Ratón piensa que se la ve muy dolorida. Él se acerca, deslizándose hasta el piso por la cuerda de una campanilla.

La señorita Preciosa parece estar cada vez peor. El Ratón se acerca un poco más.





La señorita Preciosa sostiene su cabeza dolorida entre sus patas y lo mira a través de un agujero en el pañuelo. El Ratón se acerca mucho.

Y entonces, de repente... ¡la señorita Preciosa salta hacia el Ratón!



Como el Ratón se había burlado de ella, la señorita Preciosa planea burlarse del Ratón, lo que no es un comportamiento para nada amable.



Ella lo ata con el pañuelo y lo empuja de acá para allá como a una pelota.



Pero se olvidó de aquel agujero en el pañuelo, y cuando decide desatarlo... ¡el Ratón ya no está!



Él consiguió liberarse y escapar, ¡y ahora está bailando de alegría arriba del armario!

# La historia de Jemima Pata de Charco

*Un cuento de corral  
para Ralf y Bety*



Ver a las crías de patos con una gallina es un espectáculo muy gracioso.

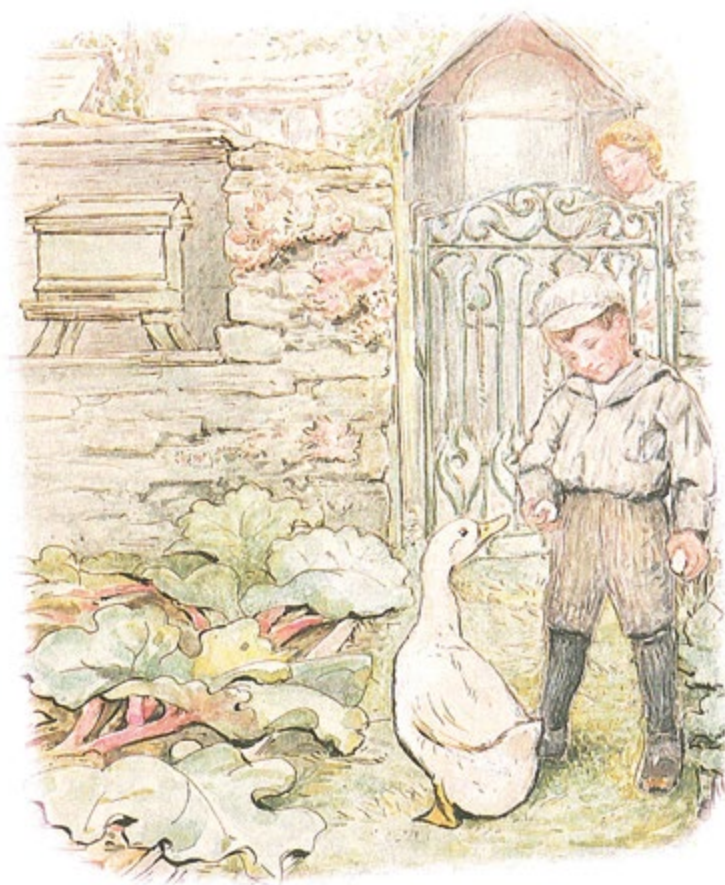
Oigan la historia de Jemima Pata de Charco, que estaba molesta porque la esposa del granjero no la dejaba empollar sus propios huevos.



A la cuñada de Jemima, Rebeca Pata de Charco, en cambio, no le molestaba que alguien más empollara sus huevos.



—No tengo paciencia para sentarme veintiocho días en el nido y tú tampoco, Jemima. Vas a dejar que se enfríen, lo sabes —le decía Rebeca.



—Deseo empollar mis propios huevos: los cuidaré yo misma —graznó Jemima Pata de Charco.

Entonces, intentó esconder sus huevos para poder cuidarlos, pero siempre se los arrebataban. Finalmente, desesperada, decidió hacer su nido fuera de la granja.





Jemima partió una linda tarde de primavera, siguiendo el sendero que se extiende sobre la colina. Llevaba puesto un chal y un sombrero de dama con visera, parecido a una caperuza.



Cuando llegó a la cima vio a lo lejos un bosque y le pareció un lugar seguro y silencioso.

No estaba acostumbrada a volar. Corrió unos metros colina abajo haciendo flamear el chal y luego se lanzó al aire.



Cuando pudo tomar impulso, voló de manera magnífica, rozando las copas de los árboles hasta que vio un claro en el medio del bosque, donde había un espacio abierto sin árboles ni arbustos.





Descendió con brusquedad y deambuló buscando un lugar convenientemente seco para hacer su nido. Hasta que la atrajo un árbol cortado, hundido entre unas plantas altas que se llaman dedaleras o guantes de zorro.

Jemina se sorprendió de encontrar, sentado en el árbol, a un elegante caballero, con orejas negras bien erguidas y bigotes color de arena, que leía el diario.

—¿CUAC? —le dijo Jemima mientras inclinaba la cabeza y el sombrero a un lado—. ¿CUAC?

El caballero levantó los ojos por encima del diario y miró a Jemima con curiosidad.

—Madame, ¿usted está perdida?  
—le dijo. Tenía una larga cola esponjosa sobre la que estaba sentado.



Jemima pensó que él era muy cortés y guapo. Le explicó que no estaba perdida, sino que buscaba un lugar convenientemente seco para hacer su nido.



—¡Ah! ¿Así que es eso? ¡Por supuesto! — dijo el caballero con sus bigotes color arena. Dobló el diario y lo guardó en el bolsillo de su levita.

Jemima se quejó de lo innecesario que era que sus huevos fueran empollados por la gallina y el caballero de la larga y esponjosa cola le respondió:

—¡Por supuesto! ¡Qué interesante! Me gustaría conocer a esa ave. Le enseñaría a meterse en sus propios asuntos. Pero sobre el nido, no hay ningún problema. Tengo un saco lleno de plumas en mi cobertizo y usted se podrá sentar ahí todo el tiempo que necesite.



Le mostró el camino hasta una casa alejada, de aspecto triste, que se levantaba entre las dedaleras.

Estaba construida con leña y césped y tenía dos cubos rotos, uno encima del otro, a modo de chimenea.

El caballero abrió la puerta del cobertizo y dejó entrar a Jemima.

Adentro estaba lleno de plumas. Ella no esperaba encontrar tanta cantidad de plumas, pero era muy confortable y suave. Jemima Pata de Charco hizo un nido allí y puso nueve huevos. Eran unos huevos de un blanco verdoso y muy largos.



Jemina le dijo al caballero que tenía que empollar los huevos pero antes necesitaba una bolsa de maíz para no tener que dejar el nido en ningún momento. Este le respondió:



—Madame, le ruego que no se moleste usted con esa bolsa, yo le traeré avena. Pero antes de que empiece a empollar, hagamos una fiesta esta noche. ¿Le puedo pedir que traiga unas hierbas frescas de la huerta para hacer un omelette?: salvia, tomillo, menta, dos cebollas y algo de perejil.

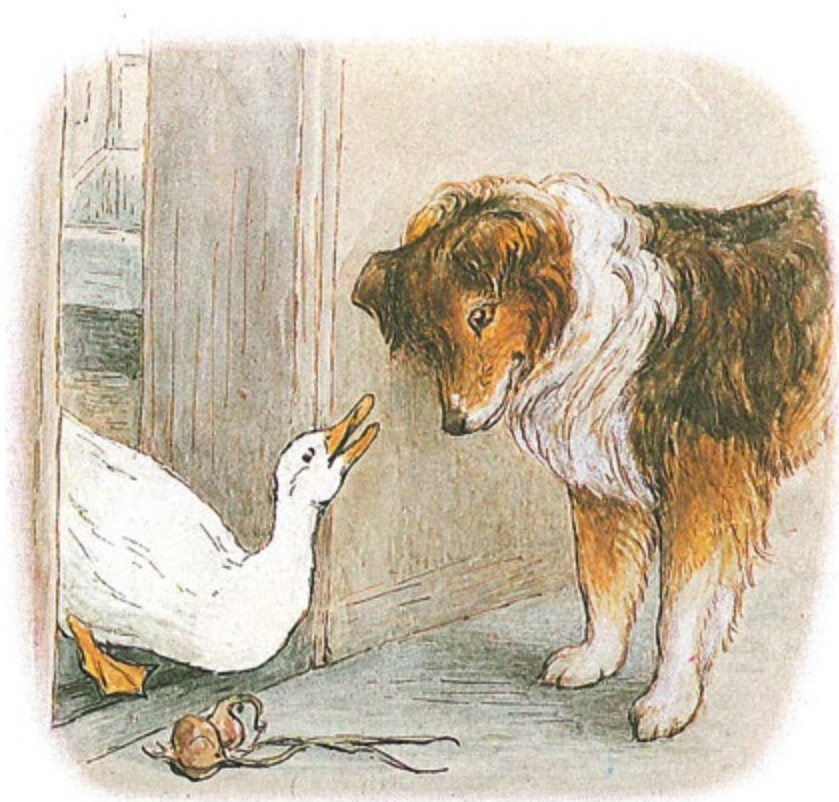




Jemima Pata de Charco era muy inocente. Ni siquiera la mención de la salvia y las cebollas la hizo sospechar. Y anduvo por la huerta picoteando y recogiendo las distintas clases de hierbas que se usan para hacer pato al horno.



Para conseguir las cebollas, Jemima se metió en la cocina y al salir se encontró con Kep, el perro Collie de la granja, que le preguntó qué hacía con esas cebollas. Jemima le contó a Kep toda la historia. Con su sabia cabeza inclinada hacia un costado, el perro la escuchó y luego le preguntó sobre el bosque y la ubicación exacta de la choza.



Al final, el perro se fue al pueblo para buscar a dos cachorros de sabueso que estaban afuera en la calle acompañando al carnicero.



Mientras tanto, Jemima Pata de Charco tomó por última vez el sendero que sube la colina hacia el bosque cargando las hierbas y las cebollas. Voló sobre el bosque y descendió detrás de la casa del caballero de cola larga y esponjosa, que la esperaba sentado en un tronco.





De pronto, él olfateó algo y de mala manera le dijo a Jemima que entrara en la casa para revisar los huevos y luego le trajera las hierbas. Ella, que nunca lo había escuchado hablar así, se sorprendió y se sintió incómoda.

Desde adentro de la choza, escuchó el ruido de pisadas alrededor. Alguien con hocico negro olfateó por debajo de la puerta y luego la cerró con llave.

Jemima se alarmó mucho.



Un momento después, escuchó unos ruidos horribles: ladridos, gruñidos, aullidos y luego... chillidos y gemidos. Y nada más se supo de ese zorro caballero con bigotes.



Luego, Kep abrió la puerta de la choza y dejó salir a Jemima Pata de Charco.

Desafortunadamente, los cachorros entraron y devoraron los huevos antes de que él pudiera detenerlos. El perro tenía una mordida en la oreja y los dos cachorros cojeaban al caminar.

Jemima Pata de Charco fue escoltada hasta su hogar mientras lloraba por sus huevos.



Puso algunos más en junio y esta vez le permitieron que se los quedara; pero solo de cuatro de ellos nacieron polluelos.

Jemima Pata de Charco le echó la culpa a sus nervios... pero lo cierto es que nunca fue muy buena para empollar.



# El cuento de Jeremías Pescador

*Para Stephanie, de su prima B.*



Había una vez una rana llamada Jeremías Pescador, que vivía en una pequeña casa húmeda entre la hierba, a la orilla de un estanque.



El agua inundaba toda la casa, hasta la despensa y el pasillo trasero.

Pero el señor Jeremías disfrutaba mojándose los pies; nadie se lo prohibía y jamás se había resfriado.



Una mañana, miró por la ventana y vio complacido unas grandes gotas de lluvia que salpicaban en el estanque.



—Conseguiré unas cuantas lombrices y pescaré un plato de pececitos para mi cena —dijo el señor Jeremías Pescador—. Si pescó más de cinco, invitaré a mis amigos, el concejal Ptolomeo Tortuga y Sir Isaac Newton. El concejal, sin embargo, solo come ensalada.





El señor Jeremías se puso un impermeable y un par de chinelas; tomó su caña de pescar y una cesta, y se fue dando enormes saltos hasta el lugar donde guardaba su bote.



El bote era redondo y verde, y se parecía mucho a las hojas de lirio. Estaba atado a una planta acuática en el estanque.



El señor Jeremías usó una caña larga para empujar el bote hacia aguas abiertas.

—Conozco un buen lugar para pescar —dijo.

Cuando llegó al lugar adecuado, clavó la caña en el barro y sujetó firmemente su bote.

Luego se sentó con las piernas cruzadas y preparó su equipo de pesca. Tenía un bonito flotador, pequeño y

rojo. Su caña era un tallo duro de hierba, su línea era una larga, blanca y fina crin de caballo, y en la punta ató una pequeña lombriz que se retorció.



La lluvia le caía por la espalda y estuvo casi una hora mirando el flotador.

—Me estoy cansando. Creo que voy a comer algo —dijo el señor Jeremías Pescador.



Regresó impulsándose entre las plantas acuáticas y sacó el almuerzo de su cesta.

—Comeré un sándwich de mariposa y esperaré a que pare de llover— dijo el señor Jeremías Pescador.



Un gran escarabajo acuático salió de debajo de una hoja de lirio y pellizcó la punta de una de sus chinelas.



El señor Jeremías subió las piernas un poco más, para ponerlas fuera del alcance del escarabajo, y siguió comiendo su sándwich.



Un par de veces algo se movió, crujiendo y salpicando entre los juncos, a la orilla del estanque.

—Espero que no sea una rata —dijo el señor Jeremías Pescador—. Creo que mejor me voy de acá.

El señor Jeremías empujó el bote un poco más lejos y dejó caer el cebo. Casi enseguida hubo pique. El flotador dio una tremenda sacudida.

—¡Un pecesito! ¡Un pecesito! Lo tengo agarrado por el hocico —exclamó el señor Jeremías Pescador, tirando de la caña.



¡Pero qué horrible sorpresa! En lugar de un pecesito terso y regordete, ¡el señor Jeremías sacó al pequeño Juan Púas el espinoso, cubierto de espinas!

El espinoso forcejeó alrededor del bote, pinchando y mordiendo hasta que se quedó sin aliento. Luego saltó de nuevo al agua.





Algunos pececitos asomaron sus cabezas. Todos se rieron del señor Jeremías Pescador.

Y mientras el señor Jeremías se sentaba desconsolado en el borde de su bote, chupándose los doloridos dedos y mirando el agua, sucedió algo mucho peor. Podría haber sido una cosa espantosa, si el señor Jeremías no hubiera llevado puesto su impermeable.



Una inmensa trucha salió del agua —salpicando con su splash— y se llevó al señor Jeremías de un bocado.

—¡Ay, ay, ay! Luego se dio vuelta y se zambulló en el fondo del estanque.



Pero a la trucha le pareció tan asqueroso el sabor del impermeable que en menos de medio minuto escupió al señor Jeremías. Lo único que se tragó fueron sus chinelas.

El señor Jeremías rebotó hasta la superficie como si fuera un corcho o las burbujas de una botella de agua con gas, y nadó con todas sus fuerzas hasta la orilla del estanque.



Salió apresurado en cuanto encontró la orilla y se fue brincando a su casa a través del campo con su impermeable hecho pedazos.



—¡Es una suerte que no fuera un pez de río gigantesco, como el lucio! —dijo el señor Jeremías Pescador—. He perdido mi caña y la cesta, pero no importa mucho, porque estoy seguro de que no me atreveré a ir de pesca nunca más.



Se puso una venda en los dedos, y sus dos amigos vinieron a cenar. No les pudo ofrecer pescado, pero tenía otras cosas en la despensa.



Sir Isaac Newton  
llevaba su chaleco  
negro y dorado.



El señor concejal  
Ptolomeo Tortuga  
llevaba una  
ensalada en una  
bolsa de red.

Y en lugar de un  
buen plato de pececitos,  
comieron saltamontes  
asados con salsa de  
vaquita de San Antonio,  
algo que las ranas  
consideran todo un  
festín, pero yo creo que  
debe ser repugnante.





¿Te gustaría saber qué le pasó a una gatita que quería atrapar a un ratón? ¿O a una pata que no la dejaban poner sus propios huevos? ¿O a una rana que necesitaba pescar algo porque tenía invitados para la cena? En este libro encontrarás tres historias de animales muy particulares que tienen estos problemas. Son cuentos creados y hermosamente ilustrados por la misma autora: Beatrix Potter.

